

ÍNDICE

Barcelona 28 de octubre de 1938.....	9
San Diego (California) 1984	
Capítulo 1.....	15
Capítulo 2.....	29
Capítulo 3.....	39
Capítulo 4.....	59
Capítulo 5.....	75
Capítulo 6.....	95
Capítulo 7.....	103
Capítulo 8.....	119
Capítulo 9.....	129
Capítulo 10.....	145
Capítulo 11.....	157
Barcelona. Noviembre de 1996	
Capítulo 12.....	167
Capítulo 13.....	197
Capítulo 14.....	223
Capítulo 15.....	239
Capítulo 16.....	253
Capítulo 17.....	267
Capítulo 18.....	281
Capítulo 19.....	291
Epílogo.....	295
Anexos	
Algunas biografías.....	303
Agradecimientos.....	311
Hasta pronto, hermanos.....	313
Bibliografía.....	317

CAPÍTULO 1

*Una llave cualquiera,
olvidada dentro de una caja arrinconada
detrás de las telarañas de un sótano,
puede desbloquear la cerradura que abre
la puerta de los recuerdos.*

Era el año 1984 y para Joan Ros era el inicio de una nueva vida. Su ciudad natal, Barcelona, quedaba atrás, al otro lado del mundo.

Por suerte, San Diego era un sitio agradable. Joan y sus padres vivían en un barrio tranquilo formado, sobre todo, por casas con un pequeño jardín. La mayoría de sus vecinos eran personas cordiales, que se paraban a hablar con ellos por la calle, una característica que él siempre había imaginado más propia de los pueblos que de las ciudades como aquella. Pero lo cierto era que los californianos tenían un carácter cercano y acogedor.

Cuando su padre le comunicó que se iban de Barcelona para instalarse en California durante algunos años, a Joan se le cayó el mundo encima. Lo primero que pensó fue que acabarían viviendo en una especie de gueto de gente chiflada, histérica y armada hasta los dientes. Además, él hablaba un inglés penoso, impresentable. ¿Cómo iba a entenderse con los americanos?

Por si eso fuera poco, en Barcelona había una chica que le gustaba y con la que tal vez tenía posibilidades. Él estaba algo acomplejado por su físico. A pesar de tener una considerable estatura y estar delgado, no era nada atlético. Se consideraba vulgar porque tenía los ojos oscuros y el cabello negro. Si a todo ello se le añadía el agravante de su timidez, era lógico que

se hubiera mantenido alejado, a años luz, del sexo femenino. Sin embargo, poco antes de abandonar su ciudad, en una fiesta se había producido un milagro inesperado: se había liado con Elisenda, una chica de su clase que le gustaba. No fue nada del otro mundo, algunos besos y algún breve tocamiento por encima del jersey, pero, para él, aquello supuso un antes y un después en su existencia. Pero sobrevino la catástrofe cuando, poco tiempo después, tuvo que partir con su familia muy lejos, a otro continente. Su efímera historia de amor con Elisenda había quedado interrumpida. Él le había escrito cuatro cartas, pero, de momento, la chica solo le había contestado la primera.

En cuanto a su idea preconcebida de California, pronto constató, afortunadamente, que estaba muy equivocado. Cuando se vio obligado a hablar inglés casi todo el día, su nivel mejoró rápidamente. Y en lo referente a sus conciudadanos, resultaron ser tan normales como los barceloneses, e incluso más abiertos y agradables que en su propia ciudad.

San Diego era una urbe muy moderna, pero no era el montón de cemento que se había imaginado. Tenía un casco antiguo de la época colonial española bastante bonito, Old Town, por el que le gustaba perderse para pasear su nostalgia. Siempre le habían gustado las partes antiguas de las ciudades. Le entusiasmaba respirar la historia entre edificios viejos. En medio de aquel barrio daba rienda suelta a todo su romanticismo adolescente y soñaba despierto con Elisenda. Se imaginaba caminando por esas calles de casas blancas cogido de su cintura mientras ella apoyaba la cabeza en su hombro. Pero cuando miraba el reloj y veía que tenía que volver a casa, despertaba de su ensoñación y tenía que enfrentarse a su soledad.

Las playas del océano Pacífico eran paradisíacas, grandiosas. Sentía envidia de los jóvenes que hacían surf. Quizás algún día se atrevería a adquirir una plancha para poder deslizarse sobre las olas, pero le daba pereza aprender. Y es que eso del deporte no estaba hecho para él.

La oferta musical era espectacular, como en cualquier ciudad de los Estados Unidos. Uno podía disfrutar de excelentes conciertos en innumerables bares y en todo tipo de locales, algo que en Barcelona era casi imposible. El problema era que

sus padres no le dejaban ir solo. Cuando se encontraba con la negativa, él insistía en que la única manera de conocer gente y conseguir un grupo de amigos era salir. Pero nada. No le quedaba más remedio que esperar a ser mayor de edad.

San Diego era perfecto, un lugar fantástico que ofrecía grandes posibilidades, pero Joan se sentía perdido, desamparado. Añoraba a sus amigos y a Elisenda, que estaba claro que ya le había olvidado. Era duro echar de menos a alguien que había dejado de pensar en él.

En Barcelona podía salir con sus amigos de siempre, era libre. Pero en California se sentía enjaulado. A los dieciséis años, el hecho de volver a empezar desde cero resultaba bastante difícil. ¡Y encima ella no le escribía ni una maldita carta! La soledad, cuando no es deseada, puede ser muy dolorosa.

Tan solo había un lugar en el que se podía olvidar de todo: el cine Ken. Joan era cinéfilo hasta la médula, un entusiasta de los filmes clásicos americanos de los años treinta, cuarenta y cincuenta. Además, el cine estaba situado en una zona de la ciudad que le recordaba bastante a Castelldefels, pueblo costero en el que había veraneado durante su infancia. El cine Ken era, además, una sala muy antigua que despertaba en él nostalgia de un pasado que no era el suyo. Iba al menos un par de veces por semana. La programación era la mejor de la ciudad: películas extranjeras en versión original, cine de autor y filmes clásicos restaurados.

Su instituto, el San Diego High School, era laico. Los padres de Joan no querían saber nada de curas ni de escuelas religiosas, pero tampoco querían una educación elitista para su hijo. Por eso mismo habían decidido apuntarlo en un centro del estado, eso sí, de buena calidad. Los alumnos que iban eran chicos y chicas de clase social bastante variada.

En general, Joan fue bien recibido por sus compañeros de clase, hecho que él agradeció. Había visto demasiadas películas y se había imaginado que el instituto estaría lleno de bandas de delincuentes juveniles que le harían la vida imposible y que una panda de viciosos lo violaría repetidamente en las duchas después de la clase de gimnasia. Sin embargo, no ocurrió nada

parecido. Aquellos jóvenes eran completamente inofensivos. Eso sí, desde el principio, mostraron cierta curiosidad por Joan debido a su origen algo exótico. Pero todavía no había logrado tener amigos. Tenía una amarga sensación de soledad cuando llegaban los fines de semana.

En clase, Joan se aburría. Tenía que concentrarse mucho más que el resto de los alumnos, pues el inglés no era su lengua materna y, de vez en cuando, desconectaba. Entonces se distraía observando por la ventana, perdiéndose en sus pensamientos o mirando a sus compañeros. Como es lógico se fijaba más en las chicas. Había algunas muy guapas, pero se sentía atraído especialmente por una: Sarah. Era una chica luminosa, alegre, de largos cabellos negros rizados y una sonrisa que evitaría guerras. Tenía unas piernas esbeltas, un cuerpo que se hacía admirar a cada momento y unos ojos oscuros llenos de vida, como reluciente petróleo, que desarmarían a cualquier ejército. No parecía una muchacha inalcanzable, pero Joan era vergonzoso y no osaba acercarse y hablar con ella, a pesar de que ella a veces parecía interesada en él. Cuando estaban en clase, la miraba embelesado. Le hubiera gustado tener suficiente valor para invitarla al cine, salir con ella, pero seguro que ya tenía docenas de amigos y no le necesitaba. Además, una chica tan guapa como ella debía tener una legión de moscones mucho más atractivos que él, si es que no tenía ya novio. Solo podía mirarla en clase y dejar volar su imaginación.

Una vez se había sentado a su lado durante un acto de celebración del aniversario del instituto y pudo percibir el ligero perfume afrutado de sus cabellos. En cierto momento, ella le había sonreído y él le había correspondido. Aquella había sido hasta entonces la única comunicación que había tenido con su amor platónico.

Pero su amor dejó de ser platónico para convertirse en pasión desatada cuando un domingo, a la salida del cine Ken, vio que, entre el público que había venido a ver *Rebecca*, estaba Sarah. Ahora ambos tenían algo en común: el cine. Elisenda en ese momento pasó a la reserva de su memoria.

Levantó la mano para saludarla, pero ella no le vio. Se prometió a sí mismo que al día siguiente hablaría con ella en el instituto. Pero Joan no se atrevió ni a acercarse.

Afortunadamente, cuando los jóvenes tímidos son prisioneros de su falta de seguridad, a menudo son ellas las que llevan la iniciativa.

Sarah sentía atracción por aquel joven extranjero que la observaba con vano disimulo y que no se atrevía ni a sostenerle la mirada. A ella le hacía gracia su acento europeo, su falta de seguridad y su aspecto desvalido y tristón. Iba mal peinado y vestía de manera desgarbada; parecía un gorrión caído del nido, pero en conjunto lo encontraba interesante. Además, lo había visto más de una vez en el cine Ken, especialmente cuando en la programación había películas antiguas, y ella era una adicta a las viejas producciones del Hollywood de los años cuarenta. Quería hablar con él, pero no había encontrado el momento oportuno. Tenía claro que si pretendía que él se le acercara primero, tendría que esperar, como mínimo, al siguiente curso. Por eso decidió que hablaría con él esa misma semana.

Y ella sí que se atrevió.

Era la hora del desayuno. Joan estaba comiendo su bocadillo, sentado a solas en el césped del enorme jardín del colegio, cuando vio que Sarah estaba hablando con sus mejores amigas, Mary y Pat. Eran dos chicas de ojos claros, muy guapas, sobre todo Pat, que tenía el pelo de un color rojizo que acentuaba su atractivo, aunque a veces Joan tenía la sensación de que era un poco creída y con el coeficiente intelectual de un mejillón de roca. Mientras las tres chicas charlaban, Joan comenzó a notar que le miraban y reían disimuladamente. Estaba claro que hablaban de él. ¿O quizás se estaban burlando? Se sentía un poco incómodo. A él le gustaba Sarah, pero en ese momento hubiera deseado estar a mil kilómetros de distancia de ese lugar.

De repente, las tres se acercaron.

—Hola, Joan —dijo Sarah con esa sonrisa que lo tenía hipnotizado.

—Hola —respondió Joan mientras notaba que su corazón se aceleraba de manera considerable.

Sarah dudó unos segundos antes de hablar. Miró a sus amigas de reojo y Mary la animó con un gesto a que siguiera hablando.

—Oye... ¿haces algo pasado mañana, el sábado? —preguntó por fin Sarah.

—En principio no —respondió Joan—. No sé si mis padres tenían algo preparado...

—Pues, es mi cumpleaños y haremos una barbacoa en casa con la familia y los amigos para celebrarlo. ¿Te apuntas?

Se apuntó sin dudarle un instante. Joan se lo agradeció sinceramente. Era una buena oportunidad para empezar a integrarse, hacer amigos y dejar atrás la soledad.

El joven se sentía pletórico: ¡La chica de sus sueños acababa de invitarlo a su casa!

Sarah le dio una tarjeta con el anuncio de la fiesta y toda la información: dirección, horarios... Todo estaba escrito con una letra cursi y con dibujitos algo naifs. Joan se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto y se aguantó la risa.

«Estos yanquis...», pensó. Aun así, sintió una punzada de ternura al contemplar aquel lado un poco infantil de la muchacha.

—¿Quieres que lleve algo? Aparte de un regalo, claro —preguntó el invitado.

—Mucha hambre, un bañador y muchas ganas de divertirme.

Entonces tuvieron que levantarse para volver a clase. Joan se quedó retrasado para acabarse el bocadillo en cuatro bocados. Cuando entró en clase, casi todo el mundo ya estaba sentado. Para ir a su pupitre tuvo que pasar junto al de ella. Se detuvo a su lado y le dijo.

—Gracias otra vez y... felicidades.

Lo que Joan aún ignoraba era que durante su estancia en casa de Sarah iba a conocer a una persona que afectaría a una parte importante de su vida.

Esa misma tarde fue al centro, a una librería, donde encontró un libro con fotografías de Barcelona. Lo compró y escribió una dedicatoria inspirada en la mirada de Sarah.

Los ojos oscuros y brillantes de aquella chica lo tenían enamorado. Para él, la parte del cuerpo más platónica de una mujer eran sus ojos. Era lo primero que le atraía de ellas. La

mayoría de los chicos se fijaba en los pechos y soñaba con tocarlos, pero los ojos no se pueden acariciar.

Cuando llegó a casa, preguntó a sus padres si podía ir a casa de Sarah a pasar el día. Tal y como esperaba, no hubo ningún problema. Eso sí, cuando se interesaron por la chica, Joan se puso rojo como un tomate al describirla.

—Esa chica te gusta, ¿verdad? —preguntó su padre.

El color rojo del rostro de Joan se hizo aún más evidente, se podría comparar a un semáforo.

De noche, cuando ya estaba en la cama, pensó que podría llevarse el mortero a casa de Sarah y preparar un buen alioli. Sería una forma de conseguir un poco de protagonismo y de dar a conocer un poco la gastronomía de su tierra.

Su padre lo acompañó en coche hasta la casa de Sarah, de cuyo jardín emanaba un sugerente aroma a carne a la parrilla que agradó a Joan. Fue ella misma quien lo recibió en la puerta y le estampó un par de besos sonoros en cada mejilla mientras le invitaba a pasar.

Era un caserón grande y luminoso con grandes ventanales. Parecía construido en los años veinte. El suelo era de madera y crujía mientras caminaban. Joan observó que había un montón de antigüedades y rarezas por todas partes. Seguramente su padre era coleccionista. También debían ser buenos lectores, ya que las paredes estaban llenas de estanterías con una gran variedad de libros. Libros feos, de los que se leen, no de los que sirven únicamente para decorar. El conjunto era armonioso a pesar de tener un punto caótico.

Atravesaron toda la casa y fueron directamente al enorme jardín. El césped estaba verde y olía a recién cortado. También había un columpio. Pensó que el padre de Sarah lo habría instalado cuando ella era pequeña. ¿O quizás tenía algún hermano menor?

Había al menos veinticinco personas y Joan no conocía a casi nadie. Había pensado que se encontraría con media clase y le sorprendió que no fuera así. Todos eran desconocidos, excepto las dos amigas de Sarah y uno de sus compañeros de clase, Ricky, quien, como casi siempre, estaba tocando su

inseparable guitarra. Era un muchacho delgado de larga melena que se quería dedicar al rock. Ya tenía su propia banda y Joan tenía entendido que sonaban bastante bien.

Sarah lo acompañó hasta la barbacoa, junto a la que se encontraba un hombre alto de piel morena, del color del café con leche, y brazos musculosos, de deportista. Llevaba puesto un sombrero blanco de cocinero y un delantal.

—Papá, te presento a Joan Ros, el chico de Barcelona que está en mi clase —dijo Sarah.

—Encantado, Joan —dijo el padre de Sarah limpiándose la mano en el delantal—. Bienvenido a casa. Me llamo Samuel.

Samuel le estrechó la mano con fuerza y sonrió con franqueza, como solía hacer su hija. Joan no hizo ningún comentario sobre el hecho de que el padre de Sarah tuviera sangre afroamericana. Seguramente habría quedado como un idiota o un racista por sorprenderse de que Sarah no fuera de la misma raza que él. Disimuladamente, se fijó un poco más en ella y notó algunos rasgos africanos en su rostro que antes le habían pasado desapercibidos.

Una de las cosas admirables de aquella ciudad era la naturalidad con la que, en general, convivían distintas razas y culturas. En Catalunya todavía había poca variedad en ese sentido y la diversidad era aún motivo de sorpresa para Joan.

—¿Qué hay en esa bolsa? —preguntó Samuel.

—¡Anda, es verdad! —se espabiló Joan—. He traído un mortero, aceite y ajos para prepararos un alioli, que es una salsa típica de mi tierra. Os va a encantar. Siempre que los catalanes hacemos una barbacoa, acompañamos la carne y el pan con alioli... Ah, también traigo un regalito para Sarah.

Joan le entregó el paquete a la chica deseándole feliz cumpleaños y Sarah lo desenvolvió rápidamente. Abrió el libro y, al leer lo que Joan había escrito, Sarah notó como se le ponía la piel de gallina. Le hizo tanta ilusión que lo abrazó con fuerza. Joan volvió a ponerse rojo semáforo.

—Si me decís dónde está la cocina, me pondré a hacer el alioli.

—Sarah —dijo Samuel—, ya que este chico nos va a preparar algo bueno, ya sabes, acompáñale y ofrécele alguna bebida de la nevera.

Ya en la cocina, Joan le pidió un huevo a Sarah.

—El auténtico alioli solo lleva ajo, aceite y sal —explicó Joan—. Pero para tanta peña prefiero poner también una yema de huevo, así será más fácil ligarlo.

La cocina daba directamente al jardín y bajo el porche había una mesa. Sarah le propuso trabajar fuera, bajo la sombra.

—Aquí será más agradable, ¿no?

Hacía calor y allí pasaba una brisa muy agradable.

Él estuvo de acuerdo. Se sentaron delante de la mesa. Joan empezó a pelar y a cortar los ajos y los fue introduciendo en el mortero. Añadió sal y luego lo machacó todo con la mano del mortero hasta que los ajos se convirtieron en una pasta blanquecina. Después puso la yema de huevo y comenzó a removerlo todo con movimientos circulares. Entonces, poco a poco, fue añadiendo aceite de oliva. Al principio a un ritmo muy lento y, cuando lo tuvo más ligado, más rápidamente. Sarah miraba el ritual con interés y se sorprendió al ver la textura de la salsa.

—Se parece un poco a la mayonesa, ¿no? —comentó la chica.

—De aspecto quizás sí —admitió él—. Pero el sabor no tiene nada que ver, ya lo verás.

—Huele muy bien —dijo ella.

—Espero que a tus invitados les guste el ajo crudo —comentó Joan mientras seguía removiendo.

—A mí me encanta.

—El problema es que después no se pueden dar besos —rió el chico y, automáticamente, se arrepintió de lo que había dicho.

“¡Mira que eres gilipollas! ¡Por qué narices has tenido que decir eso!”, pensó Joan sin saber qué cara poner y notando cómo volvía a ruborizarse de manera bíblica.

Sarah se dio cuenta de la turbación del muchacho y le echó una mano.

—Pero si comemos todos, entonces sí que podemos besarnos, ¿no? —sonrió ella con complicidad.

Joan no supo si aquello era una indirecta. Para él, la mente de una mujer era el jeroglífico más complicado del universo. Prefirió creer que era una propuesta escondida y un

escalofrío de ilusión le recorrió toda la columna vertebral, de arriba a abajo. Sarah se sentía halagada, ya que era más que evidente la atracción que sentía Joan por ella.

Mary, Pat y Ricky se acercaron y se interesaron por lo que había dentro del mortero.

—¿Qué haces, Joan? —preguntó Pat.

—Me parece que este joven nos está preparando un alioli —dijo un anciano de piel negra que, justo en ese momento, también se había aproximado a la mesa del porche.

Joan y Sarah se quedaron boquiabiertos.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Joan, que acababa de dar por terminada la primera tanda de salsa.

—Hacía mucho tiempo que no veía a alguien prepararlo —dijo el anciano—. Lo probé hace ya muchos años y me gustó tanto que todavía recuerdo el sabor.

—¿Dónde lo probó? —preguntó Joan un poco decepcionado al pensar que la salsa catalana por excelencia había perdido su originalidad—. ¿Se hace alioli aquí también, en California?

El hombre se quedó pensativo durante unos segundos; resultaba evidente que dudaba si responder o no a la pregunta.

—Fue en Barcelona, aquí no lo hacemos —respondió el viejo—. ¿Eres catalán?

—¿Abuelo, has estado en Barcelona? —preguntó Sarah adelantándose a la respuesta de Joan.

El abuelo de Sarah se quedó mirando a su nieta. Por su expresión, parecía que se arrepentía de haber hablado. Con gesto cansado, cogió una silla y se sentó a la mesa. Con un cuchillo que tenía cerca, cogió un poco de alioli y lo probó. Sonrió con gran satisfacción.

—¡Cuántos recuerdos me vienen a la mente! —exclamó el anciano con los ojos brillantes—. Es curioso cómo un olor o un sabor te pueden trasladar al pasado en un segundo.

Todos se quedaron callados y miraron con curiosidad al abuelo de Sarah. Samuel, que iba hacia la cocina a buscar la pimienta, vio la escena y se detuvo. Con la mirada preguntó a su hija si pasaba algo. Ella, sin decir nada, le indicó que esperara un momento.

© Jordi Cantavella Cusó, 2017
Autor representado por Sandra Bruna Agencia Literaria S.L.
© de esta edición: Milenio Publicaciones, 2017
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición:
ISBN: 978-84-9743-??
DL L ???-2017
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.